

Adolf Hitler, junto a los de Poincaré, Laval, Briand, Streseman, Mons. Kaas y tantos otros.

El volumen 9 (13 febrero 1932-19 noviembre 1935) empieza con el fracaso de la Conferencia sobre el desarme y la muerte de Aristide Briand y se acaba con la invasión de Etiopía por parte de Italia, prueba tangible de la impotencia de la Sociedad de las Naciones. Entre tanto, se registró el irresistible ascenso de Hitler que lleva al fracaso de la paz. Ya desde el 14 de agosto de 1932 escribe Baudrillart que «puede uno interrogarse si Hitler no está esperando la muerte próxima de Hidenburg y se reserva para sucederle». En presencia de gobiernos franceses débiles, nota cómo todo el objetivo de la Conferencia de Lausanne tiende a «desarmar a Francia, y sólo a Francia». Y esto, porque sus aliados son poco seguros: los Estados Unidos han «provocado todas las derogaciones a los Tratados de 1919», e Inglaterra se deja engañar por las mentiras de Hitler. Sus juicios sobre los acontecimientos y su alcance son, en general, bastante acertados, llegando a discernir sus ulteriores consecuencias.

1934 fue un año de asesinatos políticos y motines sangrantes: en Francia, el 6 de febrero el asesinato del Rey Alejandro de Yugoslavia; en Alemania, la Noche «des longs couteaux»; en Austria, la ejecución del Canciller Dollfuss; en la URSS, el homicidio de Kirov y la represión que pretende vengarle. Al mismo tiempo la amenaza de Alemania es cada vez mayor. Francia se encuentra aislada, sin aliados de los que fiarse, manchada por el *affaire* Stavisky, con incapacidad para realizar las profundas reformas necesarias, por culpa de los partidos izquierdistas y de la influencia de la masonería. Ya en 1934 anota: «Nuestro régimen parlamentario sobrevivirá hasta el día en que se produzca su completo derrumbamiento».

Lo que acabamos de escribir no son más que ligeras pinceladas. Estos gruesos volúmenes tienen un contenido riquísimo y variadísimo. Quizás uno podría pensar que la lectura de este tipo de diario es algo fastidioso y repetitivo. En realidad, el lector se encuentra cauti-

vado por la viveza con la que escribe el autor, y por el desarrollo de los acontecimientos, en los que se mezclan grandes acontecimientos históricos, política interna, anotaciones sabrosas sobre la vida de la Iglesia en Francia, noticias eclesiológicas de todo el mundo, ecos de la vida cultural, etc. ¡No cabe el aburrimiento!

Los *Carnets Baudrillart* se nos presentan por tanto como un testimonio sumamente valioso de más de un cuarto de siglo, en momentos de gran trascendencia para la Iglesia y el mundo entero. Quizás valga la pena señalar que durante la segunda Guerra mundial, los alemanes consiguieron embaucar al Cardenal Baudrillart y ganarse sus simpatías. Se encontraba ya bastante enfermo. De todos modos, su fidelidad a la Iglesia permite suponer que, de haber conocido por qué cauces iba a desenvolverse el régimen nazi, habría rectificado su apreciación. Pero no le dio tiempo para ello.

D. Le Tourneau

Sor Ángela de la Cruz, *Epistolario personal*, edición preparada por las Hermanas de la Cruz, BAC, Madrid 2003, 500 pp.

Con motivo de la canonización en 2003 de Madre Angelita (María de los Ángeles Guerrero González), las Hermanas de la Cruz presentan una edición de doscientas piezas seleccionadas de su epistolario. Las cartas, muy pocas en comparación con más de las siete mil que escribió, son muy variadas y ricas tanto en temática como en expresión y atienden a diversos géneros: cartas a las Casas, cartas circulares, cartas de año, cartas de conciencia y cartas a personas de fuera, pero ligadas, de alguna manera, al Instituto de las Hermanas de la Cruz.

Madre Angelita (1846-1932) fue –en términos actuales– una excelente comunicadora. Su estilo era ágil, ameno, cercano. Sabía lo que quería decir y lo decía con toda sencillez, incluso lo escribía con la sencillez de una muchacha sin más cultura que el leer y escribir, con letra bien proporcionada que refleja su habla –escri-

bía como hablaba– y recoge la fonética sevillana de finales del XIX. Las Hermanas se han limitado a corregir las faltas de sintaxis y ortografía.

En palabras de Francisco de Borja Medina, que prologa esta edición, «su formación espiritual, más que en los libros, la aprende a través de las vivencias interiores, mediante la acción del Espíritu Santo y la dirección de los padres Torres Padilla y, en particular, Rodríguez Soto, que se entregó en cuerpo y alma a la dirección de la Madre y de su Instituto. Fue sin duda él, novicio, ya sacerdote de la Compañía de Jesús en Murcia, durante un año, quien le proporcionara la ocasión de ponerse en contacto con la espiritualidad de los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio, donde ella encuentra la confirmación de su carisma en relación con la pobreza, humillación y obediencia que la conforma con el Cristo humillado y despreciado en la Cruz, obediente al Padre» (p. XIX).

La nueva santa entendió que su vocación estaba articulada sobre dos elementos: el deseo de humillación y completo ocultamiento, y la entrega generosa a los pobres, enfermos, niñas, etc. Ambos términos, humillación y entrega a los pobres, se reflejan en toda su correspondencia. Para ello se abrazaba a la Cruz, pero no a la del Calvario, sino a la Cruz de la mañana de la resurrección, con la esperanza de la gloria. Nada ajena al mundo, ante las campañas antirreligiosas de principios de siglo, se indignaba contra los que arrancaban la fe de los corazones de los pobres. A la pregunta: «¿quiénes son los que le han quitado [al pobre] la felicidad?», respondía categóricamente: «los que le han arrebatado la fe, sin fe en este mundo no hay felicidad» (p. XXII).

Esta cuidada publicación nos permite conocer el espíritu que Sor Ángela de la Cruz –Madre Angelita– ofrece a la Iglesia y al mundo de hoy: continuar la misión apostólica y profética en humildad y pobreza, con obediencia y abnegación –cruz– desde la peculiaridad del amor que ella vivió.

M. Alonso de Diego

Dominique LE TOURNEAU, *Jean Paul II*, Presses Universitaires de France («Que sais-je?», 3701), París 2004, 127 pp.

Síntesis magistral del pontificado de Juan Pablo II, en la que no se puede decir más ni mejor en tan breve espacio. Me atrevo a decir que ni en mayor espacio se han presentado hasta el momento, de manera tan completa, las líneas maestras de uno de los pontificados más largos de la historia. En palabras del autor, raros son los dominios en los cuales Juan Pablo II no ha dejado su huella personal, cuya influencia se dejará notar ampliamente a lo largo del tercer milenio, en el cual le ha sido concedido hacer entrar la Iglesia. Dominique Le Tourneau ofrece, pues, una visión panorámica completa de este cuarto de siglo, en un lenguaje sobrio y perfectamente administrado, cuyo resultado es una exposición breve y siempre clara de cualquier aspecto de este período.

El primer capítulo presenta a Karol Wojtyła como hombre de Iglesia, como pastor, con las pinceladas biográficas indispensables hasta su elección como papa. El segundo traza su función de sucesor de Pedro y jefe de la Iglesia Católica, a la que ha sido llamado, en primer lugar, a gobernar con la ayuda de diversos órganos y colaboradores, y después, a santificarla e instruirla en la fe con su magisterio escrito –siendo el más solemne el de las encíclicas– y oral, animando a una nueva evangelización de la que él mismo da ejemplo procediendo a numerosas canonizaciones. En el capítulo tercero, el Papa es también un apóstol de paz; desarrolla su acción en torno a los gobiernos; establece relaciones diplomáticas y firma convenios internacionales con los Estados, que refuerzan el peso moral de la Santa Sede. Sus viajes le permiten recordar la exigencia de la libertad religiosa. El Papa se presenta también, en el capítulo cuarto, como pontífice universal, trabajando a favor de la unidad de los cristianos y favoreciendo el diálogo con las religiones no cristianas, esfuerzo que acompaña con una postura de arrepentimiento por hechos pasados. En el quinto y último capítulo, el Papa es un hom-